

Después de la guerra



Ángel Tafalla

Toda persona sensible debería estar preocupada por la guerra en Irán. Y también indignada por cómo se está desarrollando. El interés general se centra, naturalmente, en cómo y sobre todo en cuándo finalizará. Sin embargo, esto no debería distraernos en empezar a pensar sobre qué tendremos que hacer cuando termine, pues todas las guerras paran algún día. El presente conflicto, iniciado por el Sr. Trump con más ímpetu que meditación y claramente arrastrado por el Sr. Netanyahu, sirve más a los intereses israelíes que a los norteamericanos y dejará a su fin el orden mundial transformado, especialmente el equilibrio en Oriente Medio.

La guerra de Trump es fuertemente asimétrica. La superioridad operativa de los combatientes norteamericanos e israelíes sobre los iraníes es abrumadora. Los americanos son claramente superiores tanto en armas como en adiestramiento. Esto es importante aunque no siempre decisivo en los conflictos humanos. Existe además la estrategia, que, cuando es correcta, evita que de victoria táctica en victoria táctica se pueda llegar a un fracaso final. Y si no, que se lo pregunten a los norteamericanos: Vietnam, Irak, Afganistán, Libia y con tan solo unas tibias tablas en Corea, asunto en cierto modo todavía pendiente. La auto percibida superioridad militar norteamericana ante Irán ha tenido el perverso efecto secundario de la improvisación, no básicamente por parte de los militares, con los que he trabajado durante muchos años tanto en la OTAN como bilateralmente en Washington y conozco su valía. Pero la subordinación a un líder mesiánico y moralmente defectuoso como es Trump, hace muy difícil en situaciones como esta la recomendación de los

líderes militares ante un enemigo consciente de su debilidad lo que le ha llevado a buscar una estrategia asimétrica para lo que ha tenido largos años. Los iraníes no buscan enfrentar avión a avión o buque a buque. Pretenden solamente resistir lo suficiente mientras exportan su sufrimiento a todo el mundo vía el quebranto económico empezando por sus rivales sunitas de los reinos del Golfo. Que la asimetría está en los genes iraníes lo demuestra la elección en el pasado de subrogados terroristas - Hezbolá, Hamás, los hutíes... - para atacar la maquinaria militar israelí. El nivel de la Inteligencia israelí es excelente pero centrada en la eliminación de los líderes adversarios, lo que aquí no es crítico pues ya desde la guerra contra Irak en la lejana década de los 80 el régimen de los ayatolás viene impulsando una descentralización profunda del mando militar en situaciones de emergencia. La inteligencia norteamericana especialmente en el segmento



geoespacial es muy útil para la localización de blancos de superficie y complementa a la israelí; pero la iraní no es nada mala especialmente contra blancos estratégicos estáticos tales como instalaciones de mando, grandes bases norteamericanas y centros económicos árabes; probablemente también estén siendo apoyados por las Inteligencias rusa y china sobre blancos móviles norteamericanos de interés.

Todo lo anterior parece conducirnos hacia un resultado de la guerra, no inmediato en el que Trump ha caído en un profundo hoyo donde cuanto más cave, más difícil le será salir. El reloj va contra

los republicanos norteamericanos mientras que los iraníes solo necesitan, para prevalecer, seguir soportando su sufrimiento ante una cada vez más indignada opinión mundial. Creo firmemente que los europeos deberíamos empezar a ensayar nuestra deseada autonomía estratégica combinando la no participación en una guerra en la que no hemos sido consultados - y nos perjudica sustancialmente - con un posterior liderazgo para reabrir Ormuz en unas condiciones que restauren el derecho internacional marítimo sobre el libre tránsito por los estrechos internacionales. Hay que empezar a no depender de decisiones norteamericanas sin refugiarnos en la nostálgica esperanza de volver a tiempos pasados. De qué nos sirve la actual OTAN si hemos perdido la confianza en el socio principal? ¿Qué queda de la disuasión sin esta confianza mutua? ¿Cómo tener fe en algo que pueda venir después de Trump cuando este ha sido elegido por una mayoría de ciudadanos norteamericanos, no una, sino dos veces y esto sabiendo como era? No es totalmente verdad que los europeos no

tenemos efectivos militares. Los tenemos y también armamento con la excepción del nuclear. E incluso con relación a esto último podríamos contar con los franceses, aunque siempre será difícil extender su manto disuasorio al resto de los europeos. Lo único que realmente nos falta es un mando común militar con su estructura subordinada y sobre todo la voluntad política de ceder soberanía también en este campo. La confianza que hemos perdido en los norteamericanos la tenemos que reencontrar en una Europa unida. Eslogan como «El no a la guerra» y el pomposo respeto al derecho internacional de poco sirven cuando ningún contrincante los respeta. La autonomía estratégica europea no es básicamente una cuestión de inversiones militares, sino de voluntad de asumir una sola dirección para las armas y de firmeza de nuestros ciudadanos para empuñarlas cuando la situación lo requiera.